

estarlo Durango, Sonora y demás provincias internas, estándolo también Toluca y mucha parte de la costa de Veracruz.

MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA."

¡Qué sencilla y conmovedora elocuencia! ¡qué caballerosidad en el estilo, tan diferente de la chocarrería, de las diatribas, de los dictérios y hasta de los motes de que estaban atestadas las proclamas del Virrey, del Arzobispo y del Santo Oficio!

¡Qué defensa tan noble á acusaciones tan injustas!

¡Qué desmentida tan completa á calumnias tan falsas!

El ejército, en tanto, seguía su marcha, dirigiéndose hacia el Saltillo.



## CAPITULO XV

EL ÁNGEL TUTELAR DE HIDALGO.

Gil Gómez no había perdido un solo momento de vista al nuevo misterioso insurgente, según la orden de Hidalgo.

Marchaba éste confundido entre la multitud; pero sin hablar con nadie, sin quejarse ó alentarse á sí mismo como los demás.

Una mañana, Hidalgo dijo en voz alta á Gil Gómez que se encargase en la primera venta por donde pasaren, de hacer que le preparasen un almuerzo, porque hacía algunas horas no probaba alimento. Acababan de dejar atrás al pueblecillo de "Charcas" y era muy probable que antes de llegar al Venado se

encontrase alguna aldelueña ó cuando menos alguna posada.

A poco rato el joven descubrió á la falda de un montecillo una casa que seguramente debía ser lo que buscaba; corrió á ordenar á Allende de parte de Hidalgo, guiase adelante al ejército, mientras éste se quedaba acompañado de él y otros dos Oficiales, en la casa, para tomar reposo y alimento, después de lo cual le alcanzaría.

El ejército siguió adelante; Gil Gómez se adelantó á la venta para hacer disponer lo necesario.

Hidalgo, acompañado de dos Oficiales, le seguía á paso lento.

Cuando el joven detuvo su caballo delante de la venta, saltó de ella, lanzándose al galope, el pálido desconocido.

Gil Gómez, al verle dió un salto como si hubiese visto una serpiente.

El caballero lanzó una insultante mirada de desprecio y de satisfacción, hacia el camino por donde Hidalgo se acercaba.

—No sé qué especie de terror me inspira ese hombre; algún mal me va á hacer, murmuró el joven entrando hasta el patio de la venta.

Un profundo silencio reinaba en ella y parecía que nadie la habitaba.

—¡Ah de casa!, gritó Gil Gómez con toda la fuerza de sus pulmones.

Pero nadie se movió.

—¡Diablo! parece que todos duermen ó todos se han muerto aquí; pero entonces ¿qué es lo que hacía en esta inhabitada mansión ese misterioso viajero?

Y volvió á llamar con igual estrépito. Al cabo de un rato se presentó el hostelero, hombre de buena presencia y franca catadura.

—Buenos días, señor huésped, dijo el joven con afabilidad, siguiendo su método de procurar caer en gracia á los posaderos.

—Téngalos Ud. muy buenos, señor Capitán, respondió éste.

—¿Han pasado por aquí los insurgentes?

—Sí, señor Capitán, no hace media hora aún que han pasado. ¿Va usted á incorporarse con ellos?

Gil Gómez, no conociendo el color político de su huésped, no quiso aventurar una respuesta y eludió la pregunta diciéndolo con una completa indiferencia:

—Yo vengo desde Zacatecas y me dirijo al Saltillo, donde ellos probablemente se dirigen.

—Sí; eso ha dicho un oficial que acaba de partir hace un momento.

—¡Ah! un Oficial, ¿y qué ha venido á hacer por aquí ese Oficial? preguntó el joven aparentando tranquilidad.

—Diablo, á proporcionarme un buen negocio, puesto que me ha pagado de

una manera espléndida y adelantado, el almuerzo de unos viajeros que no deben tardar en llegar.

—¡Ah! ¿conque ha pagado adelantado el almuerzo de unos viajeros? ¿qué franco es!

—Sí; pero ha hecho más: me ha dicho que uno de estos viajeros es un anciano: muy desgamado para comer, y que sólo algunos platos que él sabía muy bien prueba.

—Debe ser muy su amigo.

—Así me lo ha asegurado, de manera que después de haberme preguntado hacia qué parte se hallaba la cocina, ha corrido á ella, dejándome como dicen, con la palabra en la boca, para probar él mismo la clase de alimentos que hay, que no son por cierto muy numerosos.

—¿Pues cuántos platos hay para el almuerzo?

—Dos solamente, señor Capitán, “mole y frijoles.”

—¿Y han sido de su gusto?

—Parece que sí, porque ha salido de la cocina, encargándome que podía presentarlo todo en la mesa, sin necesidad de preparar otra cosa, seguro de que había salido airoso.

—Pero ya caigo quién es ese solícito viajero, debe ser uno que partía cuando yo llegaba.

—Cabalmente, porque luego que ha

visto que la mesa estaba servida, y todo listo, ha vuelto á montar á caballo y ha partido.

—¿Qué señas tenía?

—Era un señor de mediana edad.

—¿Con el cabello casi rojo?

—Sí, señor, con el cabello casi rojo.

—¿Muy pálido?

—Muy pálido.

—¿Montado en un caballo negro?

—Sí, señor, negro como la noche.

—Vaya; pero cualquiera diría al oírnos hablar, que nuestro oficio es ocuparnos de las vidas ajenas, dijo Gil Gómez enjugando el sudor que la congoja y el temor hacían brotar á su frente.

—Es muy natural la conversación entre los viajeros y los posaderos, y yo soy precisamente de los más charlatanes, dijo el huésped, que en efecto, parecía á primera vista un hombre franco y decididor, muy al tanto de los negocios posaderiles.

—Lo mismo soy yo.

—Así me parece, señor Capitán; pero Ud. querrá tal vez almorzar, ¿no es verdad?

—Aguardaré á esos viajeros de quien ha hablado á Ud. el franco caballero, pues no tengo prisa y no gusto de almorzar solo jamás.

—Está bien, voy á poner á Ud. su mesa en el mismo cuarto, dijo el ventero yendo á ejecutarlo.

A ese tiempo sonaron en el camino las pisadas de algunos caballos.

Eran los que montaban Hidalgo y los dos Oficiales que le acompañaban.

—¿Ha encontrado usted algo, Capitán?, preguntó éste.

—Sí, señor, y he encontrado más de lo que hubiéramos deseado ciertamente.

—¡Bueno! veo que es Ud. igualmente diestro en asuntos bucólicos, que en asuntos guerreros.

Y todos se dirigieron al sitio donde les conducía, sombrero en mano, el ignorante y obsequioso posadero, que creía haber hecho un buen negocio.

—Señores, suplico á ustedes me dispensen una palabra, dijo Gil Gómez dirigiéndose á los Oficiales y llevando al Cura Hidalgo á la pieza en que se había servido el almuerzo, mientras que aquellos, cogidos amistosamente del brazo, se paseaban por el sucio y destarzado corredor.

Gil Gómez cerró la puerta tras sí y se acercó á la mesa, sobre la que se veían humeando en groseras fuentes, los dos guisotes de que acababa de hablar el posadero: el joven acercó á ellos su vista durante algún tiempo.

—¿Vamos, qué hace usted, Capitán? ¿le disgustan acaso esos platos?, preguntó sonriendo Hidalgo.

—Un poco, señor.

—Pues somos de un gusto enteramente contrario, porque yo amo con delicia las comidas nacionales. ¡Ea! no hay tiempo que perder, tomemos alguna cosa, que tenemos que alcanzar al ejército antes de llegar al Venado.

—No, señor, usted no tocará esos platos, exclamó Gil Gómez.

—¿No tocaré ninguno de esos platos? ¿y por qué, Capitán?

—¿Por qué? porque esos platos están envenenados.

—¿Envenenados?

—Envenenados, sí señor.

—¿Pero por quién?

—Por el sospechoso desconocido que ha llegado á esta posada un cuarto de hora antes que yo, y partía á todo escape cuando yo me acercaba.

Hidalgo hizo una exclamación de sorpresa.

Al cabo de un rato de silenciosa estupefacción, preguntó:

—¿Pero cómo lo ha sabido Ud., joven?

—El posadero es un simple, que me ha referido lisa y llanamente, que ese hombre ha llegado aquí pidiéndole tuviese preparado un almuerzo para unos viajeros que debían llegar dentro de un momento, ha parado adelantado, y bajo el pretexto de probar los guisos se ha introducido solo en la cocina, donde no creo que haya ejecutado lo que dice.

—¡Cobarde! exclamó Hidalgo con asombrosa indignación.

—¿Conque creo que ahora ya no tocará Ud., señor, esos guisos nacionales?

—¡Oh noble joven!, exclamó el anciano; Dios ha mandado á Ud. para ser mi ángel de guarda sobre la tierra. Una noche ha llegado Ud. á mi morada fatigado y herido, para dar el primer paso de una carrera que yo mismo temía emprender: Otra vez, he encontrado para penetrar en Celaya, un enviado con una comisión peligrosa, que ciertamente temía no hallar entre los hombres que me seguían; después le he mirado á mi lado lo mismo en las horas del peligro que la desdicha, y por fin, en este momento acaba Ud. de salvarme la vida. ¡Joven, hijo mío, entre mis brazos!

Gil Gómez se precipitó entre los brazos abiertos del anciano, exclamando entre lágrimas:

—Una noche he llegado miserable y herido á una casa; en ella me han dado pan y me han curado; por una travesura de niño me han elevado á un grado demasiado honorífico, han armado mi brazo para defender la más santa de las causas y juro morir antes que abandonar al hombre noble de quien tanto he recibido.

—Partamos, hijo mío, partamos en el instante y demos gracias á Dios por la merced que acaba de concedernos.

Y los dos salieron del aposento.

—¡Cómo! ¿no almuerzan ustedes antes de partir?, exclamó el posadero al verles en el patio en actitud de viaje.

—Amigo mío, le dijo Gil Gómez en voz baja, procurando que los Oficiales no le escucharan; sus platos de usted están envenenados.

—¿Envenenarlos?, exclamó el posadero dando un salto de sorpresa.

—Envenenados, sí, y cuide mucho de que nadie pruebe de ellos.

—¡Envenenados!, exclamó estupefacto el ventero.

—Ha sido usted víctima de un engaño, y en lo sucesivo aprenda á ser más cauto con los viajeros que pagan adelantado el almuerzo de sus amigos.

Largo tiempo después de que sus huéspedes hubieron partido, el posadero se quedó parado en medio del patio del mesón, creyendo que era un sueño cuanto acababa de escuchar.

De repente corrió al cuarto y examinó sus guisos; habían tomado éstos, en efecto, un color negruzco demasiado sospechoso, que no estaba acostumbrado á observarles. Tomó en sus manos el plato y arrojó su contenido á uno de tantos de esos perros que pululan en todos los mesones.

El animal hambriento le devoró en un instante.

Pero no había transcurrido ni un cuarto de hora, cuando sus facciones se contrajeron espantosamente, sus ojos giraron horribles y desencajados en sus órbitas, lanzó algunos aullidos lastimeros de dolor, una convulsión contrajo sus miembros, su boca se cubrió de un espumarajo sanguinolento y cayó tieso sobre el suelo.

Hidalgo y Gil Gómez habían alcanzado al ejército antes de llegar al "Venado."

—¿Qué deberemos hacer con ese hombre?, había preguntado Gil Gómez en el camino.

—¿Qué hemos de hacer? Nada, dijo Hidalgo encogiendo de hombros.

—¿Cómo nada, señor! ¿es decir que su crimen quedará impune?

—No hay contra él un prueba evidente, y cualquiera disposición que yo tomara en su contra, se podía calificar como un acto de crueldad.

—Pero.....

—Lo que se debe hacer ahora que ya nuestras sospechas se han confirmado, es no perderle de vista un solo momento, seguirle do quiera que vaya, Capitán.

Gil Gómez se incorporó entre los Oficiales, y pudo notar el efecto que la pronta llegada de Hidalgo causó sobre uno de ellos. Al ver al anciano, dió un

salto de sorpresa, su rostro naturalmente pálido, se tornó lívido, apretó sus puños con rabia sobre el puño de su espada y aterrorizado casi, se apartó de los Oficiales, aislándose cabizbajo y pensativo.

Gil Gómez se acercó á él y le dijo con fingido interés:

—¿Por qué tan triste, señor oficial?

El desconocido lanzó una mirada terrible al joven y bajó la cabeza sin responderle.

—¿Por qué tan triste? Cualquiera diría al ver á Ud., que le ha acontecido una grave desgracia, continuó el joven.

—Sí, una grave desgracia, como por ejemplo, ver desbaratado en un momento, un magnífico plan muy premeditado.

Esta vez el incógnito alzó vivamente la cara, lanzando una rápida mirada á Gil Gómez; pero debió confundir la intención oculta del joven con su cara naturalmente maliciosa, porque se limitó á decir con un acento de irónico desprecio:

—Parece que somos algo chanceros insolentados tal vez por la especial protección del señor Hidalgo.

—Y nosotros, parece que somos algo afectos á pagar adelantados los almuerzos de los amigos y la comida de que sean muy de su gusto.

El incógnito se estremeció como si hubiera pisado una serpiente, clavó una

mirada terrible en el rostro del joven y llevó maquinalmente su mano á la culata de una de sus pistolas; pero después, reflexionando tal vez que no era aquel sitio el más apropiado para lo que acababa de pensar, aparentó volver á recobrar su tranquilidad, mordiéndose sus delgados y pálidos labios hasta hacerse sangre.

—Lo decía yo por lo de esta mañana, continuó con su tono zumbón el imprudente joven, que había seguido con la vista sus menores movimientos.

—No sé, no entiendo lo que quiere usted decir, y creo que me toma por otro, dijo el caballero encogándose de hombros con aparente tranquilidad.

—No, yo jamás me equivoqué y mucho menos en conocer á los buenos amigos. ¡Oh! para eso tengo un ojo y un tino admirables. Cuando á Ud. se le ofrezca yo le daré una leccioncilla que le ha de ser muy provechosa.

Y diciendo estas palabras Gil Gómez, hizo un falso político saludo y corrió á incorporarse con Hidalgo.

El desconocido le siguió con la vista durante algún tiempo, y cuando le hubo perdido, murmuró con tono colérico:

—Desgraciado, sin saberlo te has perdido y precipitado á un abismo; mis secretos son la muerte del que los llegue á descubrir. ¡Crees haberme confundi-

do y aterrorizado con tu imprudente revelación; pero no sabes que el amor de Doña Regina es un frenesí capaz de convertir al hombre más honrado en un asesino que destruye cuanto se le presenta como obstáculo para poseer á ese demonio de mujer.

Y Don Juan volvió á caer en su acostumbrada sombría meditación.

Esta vez Gil Gómez fué tal vez más observado que observador; como Don Juan lo había dicho, el pobre joven, con su imprudencia acababa de labrar su ruina, y sin saberlo se había precipitado á un abismo.

El ejército dejó atrás á Matehuala llegando al Saltillo, para dirigirse desde allí á Chihuahua.

¡Ay! la traición seguía y esperaba al noble anciano!

Una tarde Gil Gómez adelantó al ejército media legua para buscar alojamiento á Hidalgo. El camino que el joven seguía era un estrecho sendero encajonado entre pedregales de poca elevación; corría á todo escape, cuando le pareció oír cerca de sí, hacia la parte derecha del pedregal, un ruido semejante al paso de un caballo.

Pero lo creyó un engaño de su oído y siguió avanzando.

No habría andado veinte varas, cuando al volver de una pequeña encrucija-

da, sonó un tiro á su espalda, y una bala fué á clavarse en un árbol que se hallaba á cinco pasos.

Antes de que volviese de su sorpresa, sonó un segundo tiro; pero el joven oyó silbar la bala tan cerca de sí, que no pudo menos de inclinarse violentamente sobre el cuello de su caballo por un movimiento demasiado natural.

La bala había pasado en efecto tan cerca de su cabeza, que había atravesado de parte á parte su sombrero lanzándole á veinte pasos de distancia.

Gil Gómez volvió sus ojos al pedregal, desde donde le saludaban tan poco cortesmente; pero á nadie vió y le pareció oír al otro lado del camino el galope de un caballo que se alejaba.

—Vaya, pues lo que es por esta vez han errado el golpe. Ya me figuro poco más ó menos quién es el que me ha obsequiado de esta manera tan desusada, exclamó el joven al cabo de un momento, pálido por la sorpresa, contemplando su sombrero agujereado en la copa y dando gracias en su interior á Dios con todo su corazón por el terrible peligro de que acababa de salvarle de una manera casi milagrosa.

Después, comprendiendo por instinto que por lo pronto nada debía temer, volvió á continuar su interrumpida carrera.

Una noche el ejército acampó para dormir en una llanura situada adelante de Anelo. Hidalgo, acompañado de Allende y Gil Gómez, se dirigió á una casita lejana, á través de cuyas ventanas se veía brillar una suave luz en la obscuridad profunda de la noche. Llamó Gil Gómez y la puerta se abrió inmediatamente por una anciana de aspecto miserable, que preguntó con agrio y cascado acento á los viajeros qué era lo que se les ofrecía.

—¿Podría Ud. darnos hospedaje por esta noche, en el concepto de que pagaremos religiosamente el gasto que hagamos?, preguntó con su acostumbrada cortesanía en estos casos Gil Gómez.

—Si ustedes quieren conformarse con dos cuartitos, pues es lo único que hay en la casa fuera de la pieza en que yo duermo y la cocina, pueden pasar, respondió la anciana, ablandándose á la halagadora promesa del joven.

—Con eso nos sobra, buena señora, y no deseábamos otra cosa.

Allende y un soldado que le acompañaba fueron á ocupar una de las destaraladas habitaciones.

Hidalgo y Gil Gómez ocuparon la segunda.

Tenía ésta una puerta que daba al interior de la casa y una ventana sin vidriera ni puerta que caía al campo y